

# Regreso al Tíbet

ALBERGA LAS MONTAÑAS MÁS ALTAS DEL PLANETA Y EN SUS TIERRAS NACEN LOS RÍOS MÁS SAGRADOS, PERO HA SIDO SU LARGO AISLAMIENTO EL QUE HA PROVOCADO QUE EL TÍBET MANTENGA ESA AUREOLA DE MISTERIO QUE DURA HASTA NUESTROS DÍAS. CUALQUIER GESTA EN EL TERRENO DE LA AVENTURA ENCUMBRA AL PRIMERO DE SUS CONSEGUIDORES Y SIN EMBARGO TODOS LOS QUE DESDE EL SIGLO XVII HASTA MEDIADOS DEL XX CONSIGUIERON ENTRAR EN SUS FRONTERAS TIENEN SU PLAZA ETERNA EN EL PANTEÓN DE LOS GRANDES EXPLORADORES.

**S**i después de visitar el Tíbet dos veces me hubieran preguntado por este país, mis reseñas se hubieran basado más en lo que había leído en los libros que en lo que pude ver en mis dos expediciones al Himalaya por esta vertiente de la cordillera, una de ellas con la Guardia Civil.

En esta ocasión, el objetivo de mi viaje era conocer todos esos lugares que desde que la lectura de 'El Tercer Ojo' se habían idealizado en mi imaginación.

Tras una búsqueda complicada de

compañeros para compartir emociones y economizar los gastos de la aventura, sólo los hermanos Lola y Santiago Serrano se lanzaron conmigo a la empresa de un incómodo viaje por la meseta tibetana.

## VIAJE A KATHMANDÚ

Partimos vía Bangkok hasta Katmandú, la capital de Nepal, convulsionada por las protestas maoístas que piden el regreso de la democracia en este pequeño país a los pies de Himalaya. Tras un largo vuelo, aterrizamos

en su sencillo aeropuerto y nos llevan a nuestro hotel en el barrio de Thamel. Santiago, que nunca había estado en Asia, se sorprende por el caos circulatorio en el que apenas hay accidentes por la moderada velocidad de los vehículos y el constante uso del claxon.

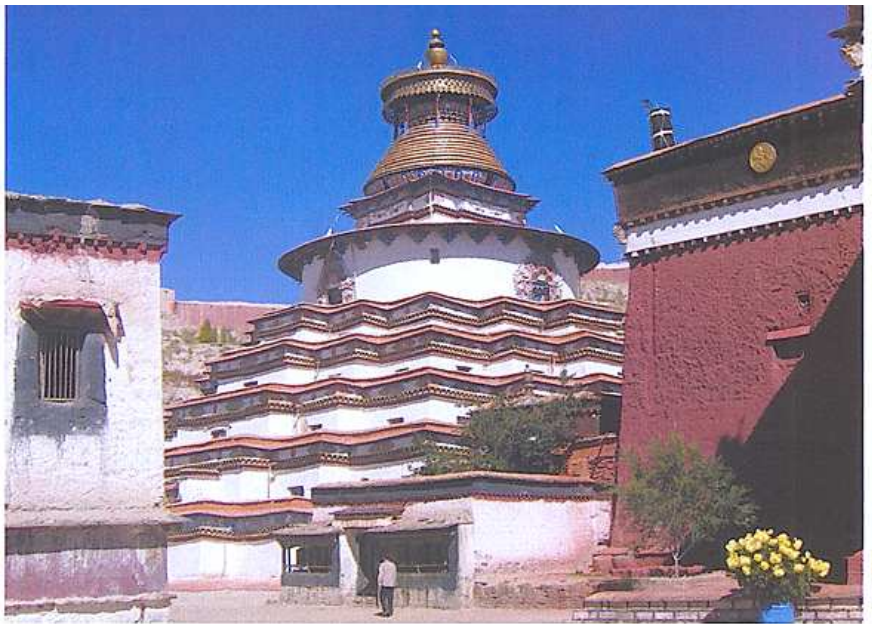
Después de tres días de estancia en Katmandú, visitando los templos de las dos religiones del país y disfrutando del carácter de su gente, tomamos un vehículo que por la Friendship Highway nos lleva hasta Kodari, la aldea que hace



**TEXTO: FERNANDO RIVERO DÍAZ**  
Sargento de la Guardia Civil

frontera con el Tíbet y donde, tras los trámites burocráticos, conocemos a Wuese una joven tibetana que hará de guía durante nuestro viaje.

Me sorprende la rapidez con la que cruzamos la frontera y, tras comprobar la policía nuestros visados, entramos en un restaurante de la localidad de Zhagmu a comer algo. Allí esperan Manuel y Carmen, dos madrileños que tomarán la misma ruta que nosotros. Manuel es oriundo de Barco de Ávila, donde me encuentro destinado, así que eso y el carácter amistoso y afable de



# reportaje

esta pareja de viajeros hicieron que pasásemos juntos casi toda la travesía.

## POR LA MESETA TIBETANA

La primera noche pernoctamos en Nyalam. Teníamos planes de pasar allí dos días aclimatándonos a 3.700 metros, pero el tiempo lluvioso, extraño por estas tierras, hizo que nos sintiéramos bien y decidiéramos continuar el segundo día hasta Tingri, tras cruzar en vehículo el paso de Lanlung La de 5.100 metros de altitud.

Un paseo por Tingri, recordando los paisajes de hace tres años y visitando el monumento al Everest, nos sirven para completar la aclimatación a la altura, pero las nubes no nos dejan ver las siluetas del Cho Oyu y del Everest.

El día 15 de septiembre tomamos los vehículos en dirección al valle de Rongbuk, cruzando campos con la cosecha de cereal recién recogida. En cuatro horas estamos junto al monasterio budista de Rongbuk donde de joven estuvo ingresado Tenzing Norgay, primer hombre en hollar la cumbre del Everest junto a Edmund Hilary. Tras ser convertido en ruinas por las tropas chinas de Mao Zedong en su Revolución Cultural ahora ha sido reconstruido y alberga una pequeña comunidad de monjas budistas.

Tras dejar nuestras mochilas en la modesta habitación del lodge, salimos a disfrutar de la vista de la cara norte del Everest y tomamos camino hasta su campamento base a 5.200 metros. La ventisca nos hace refugiarnos en una tienda de campaña y volvemos al monasterio montados en un carro tirado por un pequeño caballo.

Paso la tarde junto a la stupa, mirando la montaña más alta del mundo apareciendo entre las nubes y con la nostalgia de no haber podido participar en la expedición de la Guardia Civil que consiguió su cumbre. Antes del anochecer aparece en el campamento Iñaki Preciado Idoeta, autor de varios libros sobre el Tíbet y el budismo, con el que pasamos una cena agradable aprovechándonos de su sabiduría sobre estos temas.

Tras una tormentosa noche con dolor de cabeza, amanece despejado y nos despedimos de la montaña camino



de Lhasa. Cruzamos por el puerto de Pang La de 5.120 metros de altitud y desde donde las nubes no nos dejan contemplar el Makalu, el Everest y el Cho Oyu, tres gigantes del Himalaya, bajando después a la aldea de Shegar donde nos volvemos a incorporar a la Friendship Highway. Las obras de acondicionamiento de la pista hacen interminable las cinco horas de viaje, llegando a Lhatse donde pasaremos la noche.

## SHIGATSE

Tras impedirnos la policía el acceso al monasterio de Sakya, continuamos viaje hasta Shigatse, la segunda ciudad más poblada del Tíbet. Aquí disfrutaremos de nuestra primera ducha en cinco días y lo más parecido a una cama y no a un catre.

En Shigatse se erige el gran monasterio de Tashilumpo, donde la primera tarde vemos las tumbas de los Panchen Lamas y escuchamos los cantos de los novicios. La figura del Panchen Lama es la segunda en importancia en el budismo tibetano de los Gelugpas y la muerte en 1989 de su última reencarnación en circunstancias un poco dudosas dio lugar a otra de las muchas revueltas de los tibetanos frente a los invasores chinos.

Queda muy poco de la vieja Shigatse y tan sólo podemos acercarnos por sus calles a las ruinas de la fortaleza que denominaban el Pequeño Potala, hoy en obras de restauración y donde nos prohíben el paso.

El resto, una moderna ciudad en medio de la árida meseta, no tiene para nosotros ningún interés turístico y centramos todos nuestros paseos en los alrededores del monasterio donde los tibetanos deambulan igual que nosotros, pero con el fervor religioso de quien

reza con su rosario o su molinillo de oración.

## GYANTSE

Tras dos días en Shigatse nos trasladan por una carretera asfaltada a Gyantse, donde visitamos la stupa de Kumbum, plagada de pequeñas capillas decoradas y que la han hecho merecedora del nombre de la Stupa de los 10.000 budas. Esta pequeña ciudad guarda un sabor mucho más tibetano y resulta más agradable el paseo entre sus calles de casas bajas. Por la tarde, nos subimos los 150 metros de la fortaleza que domina desde una colina toda la población. En ella resistió el pobremente armado ejército tibetano el envite de las tropas británicas de sir Francis Edward Younghusband quien en 1904 intentó conquistar estas tierras desde la India, llegando a entrar en Lhasa con su ejército.

Al día siguiente tomamos la pista de Lhasa pasando por el puerto de Karo La junto al Nojin Kangstan la montaña de 7.191 metros que Wuese nos cuenta que está representada en la bandera de Tíbet, otro de los símbolos prohibidos por los chinos. Boreamos la orilla del lago Yamdrok, de aguas de un verde azulado y tras cruzar el puerto Kamba La de 4.794 metros entramos en el valle del río Brahmaputra, que aquí en Tíbet recibe el nombre de Yarlung Tsangpo.

## LHASA

Tras haberlo visto innumerables veces en fotografías o documentales, no creí que me fuera a impresionar tanto la figura del Potala al entrar en Lhasa, la ciudad que durante siglos estuvo prohibida a los extranjeros. Este palacio, residencia de los Dalai Lama antes de su



exilio en 1959, se alza sobre la colina de Marpori y domina todo el valle en el que se extiende la ciudad.

Reverenciado por todos los tibetanos fue uno de los 12 monasterios que se libró de la destrucción que trajo consigo la Revolución Cultural. Hoy en día es un museo donde se pueden visitar las dependencias de los Dalai Lama, sus tumbas y las salas en las que se recibía a los pocos emisarios extranjeros que entraban en la ciudad.

Tras alojarnos en un hotel del barrio de Barkhor volvemos a contemplar su imponente figura que no dejamos de visitar durante los demás días de nuestra estancia en la ciudad.

Quizá desconocido por la mayoría de los extranjeros, los tibetanos que peregrinan a Lhasa no lo hacen para ver el Potala, sino el monasterio de Jokhang, que data del siglo VII. En su interior se alberga una figura del Buda Sakyamuni traída a Lhasa por una princesa china, representada por la Tara Verde. Al atardecer resulta sobrecogedor asistir a las oraciones de un centenar de monjes en su interior mientras se visitan las capillas que rodean la Gran Sala. La manteca rancia de yak que alimenta las velas ilumina tenuemente la estancia a cuya luz se tienen que acostumbrar nuestras retinas.

Resulta curioso que la decoración de las casas tibetanas, al igual que el paisaje que las rodea es de una marcada austeridad mientras el interior de los edificios religiosos es totalmente barroco con predominio de bronce, oro, turquesas y otras piedras semipreciosas de las que es rico el subsuelo tibetano.

Desde el tejado del Jokhang vemos el atardecer tras el Potala y el bullicio de los peregrinos que circunvalan el monas-



terio y se postran ante su fachada recitando mantras con una devoción poco común en occidente y que ha pulido las piedras del pavimento. La circunvalación del Jokhang en el sentido de las agujas del reloj por el Barkhor representa una muestra de piedad para los peregrinos que vienen desde diferentes partes del Tíbet y proporciona un beneficio espiritual a quienes lo practican.

La noche en Lhasa es para los chinos que inundan los karaokes mientras los barrios tibetanos gozan de tranquilidad.

#### ALREDEDORES DE LHASA

Durante los cuatro días que duró nuestra visita a Lhasa nos trasladamos a monasterios como el de Drepung conocido también como el montón de arroz,

debido a que desde Lhasa, a ocho kilómetros de distancia, sus casas blancas amontonadas asemejan un montón de granos blancos. Fue residencia de los cinco primeros Dalai Lamas hasta que el quinto mandó construir el palacio del Potala en 1645, cuando el poder político pasó a manos del líder religioso.

Antaño este monasterio albergaba más de 10.000 monjes, quedando actualmente tal cifra reducida a menos de 300. Asistimos a los duros estudios de los monjes, pues las escrituras budistas abarcan más de un centenar de libros y ningún monje es capaz de estudiarlos a lo largo de su vida.

Por la tarde nos llevan a Sera, otro gran monasterio a las afueras de Lhasa donde podemos ver los curiosos deba-



tes entre los monjes. Las enseñanzas budistas utilizan este tipo de controversias como método de aprendizaje. Aquí toman un cariz ceremonial donde uno de los monjes se sitúa de pie frente a otro sentado y se hacen preguntas que el oponente debe contestar. Tras la respuesta el que interroga da una fuerte palmada que dependiendo de la parte de la mano con que se de manifiesta si el otro ha respondido acertadamente o no.

Norbulingka era el palacio de verano del Dalai Lama. Frente a las

estancias oscuras del Potala, la luz, la vegetación y los grandes espacios dominan este bonito lugar que los tibetanos visitan los días de fiesta. Antiguamente se encontraba en las afueras de Lhasa, habiendo sido absorbido actualmente por una ciudad que con 150.000 habitantes triplica la población de 1959, año en que Tenzing Gyatso, el XIV Dalai Lama, decidió huir desde aquí a la India al ver peligrar su vida y la de miles de tibetanos que se sublevaban frente al inva-

sor chino. Entre los pequeños palacetes del recinto se encuentran estanques y fuentes que refrescaban el ambiente y que realmente nos hacen olvidar el paisaje desértico tibetano.

## GANDEN

La Revolución Cultural a la que me refería antes provocó unos de los mayores huracanes ideológicos del siglo XX tras la arenga de Mao Zedong en la Plaza de Tianamen en 1965, animando a los guardias rojos a terminar con "Los cuatro viejos". La vieja religión, la vieja cultura, las viejas costumbres y los hábitos viejos.

Si en algún lugar del vasto territorio dominado por los chinos había más de esos cuatro viejos era en Tíbet. La idea de destrucción duró más de 10 años durante los que llegaron a quedar en pie sólo 12 monasterios de los más de 6.000 que había en 1950.

A 40 kilómetros de Lhasa de alza el monasterio de Ganden, que tiene el triste honor de haber sido el que sufrió la dinamita de los guardias rojos con más intensidad. El motivo era el haber sido el primer monasterio de la orden budista Gelugpa, a la que pertenece el Dalai Lama. Aquí, el lama Tsongkhapa instituyó la nueva orden religiosa en 1417 antes de trasladarse al monasterio de Drepung donde se asentó la dirección de la orden de los "gorros amarillos".

Con nuestra guía Wuese, nuestro conductor y su familia nos fuimos a pasar un día de campo con comida típica tibetana y té salado con manteca de yak. Toda una prueba para el paladar a 4.500 metros de altitud en uno de los lugares más sagrados del budismo tibetano. En Ganden se puede ver la rapidez de los trabajos de restauración del complejo monástico, donde la artesanía de la madera y las pinturas religiosas adornan los nuevos edificios de ladrillo que intentan reproducir el esplendor perdido tras la destrucción.

Al día siguiente, nuestro regreso a Katmandú en avión, sobrevolando la cordillera del Himalaya con impresionantes vistas del Everest. Dejamos atrás buenos recuerdos como en todos los viajes, con la impresión de que nos queda algo más por ver y así siempre nos queda la idea de regresar... o en una próxima reencarnación. ■